Simbolismo y función de los entierros dedicatorios de la Pirámide de la Luna en Teotihuacan[1]

Saburo Sugiyama y *Leonardo López Luján*

Desde 1998, la Pirámide de la Luna y los edificios circunvecinos han sido el escenario de un ambicioso proyecto arqueológico dirigido por Rubén Cabrera Castro y Saburo Sugiyama.[2] Entre los resultados más significativos de nuestras seis temporadas de excavaciones en el corazón de la antigua ciudad de Teotihuacan sobresale el descubrimiento de cuatro excepcionales complejos de entierros y ofrendas. Tres de ellos, denominados con los números 2, 3 y 4, fueron hallados en los cimientos de la pirámide entre 1998 y 2000. En cambio, el llamado Entierro 5 se detectó en la cúspide del edificio y fue explorado en el año 2002 (fig. 1).

En las páginas siguientes ofrecemos al lector los datos básicos de estos cuatro depósitos. Sin embargo, no es nuestro propósito hacer aquí una descripción exhaustiva de ellos, puesto que ya ha sido publicada de manera general y sus reportes pormenorizados se encuentran actualmente en preparación.[3] Por el contrario, el objetivo de este trabajo es discutir ciertos aspectos simbólico-funcionales de dichos complejos de entierros y ofrendas, fundamentalmente a partir de la comparación de su posición correlativa, de su contenido y de la distribución interna de los materiales. De acuerdo con nuestros análisis, todo parece indicar que los 23 individuos hallados en la base de la Pirámide de la Luna fueron sacrificados con motivo de las ceremonias de edificación de tres diferentes etapas arquitectónicas del edificio. En contraste, los tres personajes enterrados en la cúspide habrían pertenecido a una categoría sociopolítica mucho más elevada y su presencia se explicaría como parte de los rituales de clausura de una etapa y de fundación de la siguiente.

Los entierros 2, 3 y 4

Gracias a la excavación de una red de túneles en el interior de la Pirámide de la Luna, ha sido posible definir una larga secuencia arquitectónica que va desde los modestos inicios del monumen-

[1] Agradecemos al profesor Rubén Cabrera la autorización para utilizar los datos del Proyecto Pirámide de la Luna. También damos las gracias a todos los miembros del proyecto y a los amigos que nos han ofrecido su ayuda de manera desinteresada. Este proyecto ha podido llevarse a cabo con el apoyo del Instituto Nacional de Antropología e Historia, la National Science Foundation, la Japan Society for the Promotion of Science, la National Geographic Society y la Arizona State University.

[2] Sugiyama y Cabrera, 1999a, 1999b, 2000, 2003; Cabrera, 2004; Sugiyama, 2004a.

[3] Sugiyama y Cabrera, 1999a, 2000, 2003; Sugiyama, Cabrera y López Luján, 2004; Sugiyama, López Luján y Neff, 2004; Sugiyama y López Luján, en preparación. Vale la pena mencionar que los resultados conclusivos del análisis del Entierro 5 serán publicados en un futuro próximo por Sugiyama, Cabrera, López Luján, Pereira y otros especialistas que estudian los diversos materiales allí recuperados.

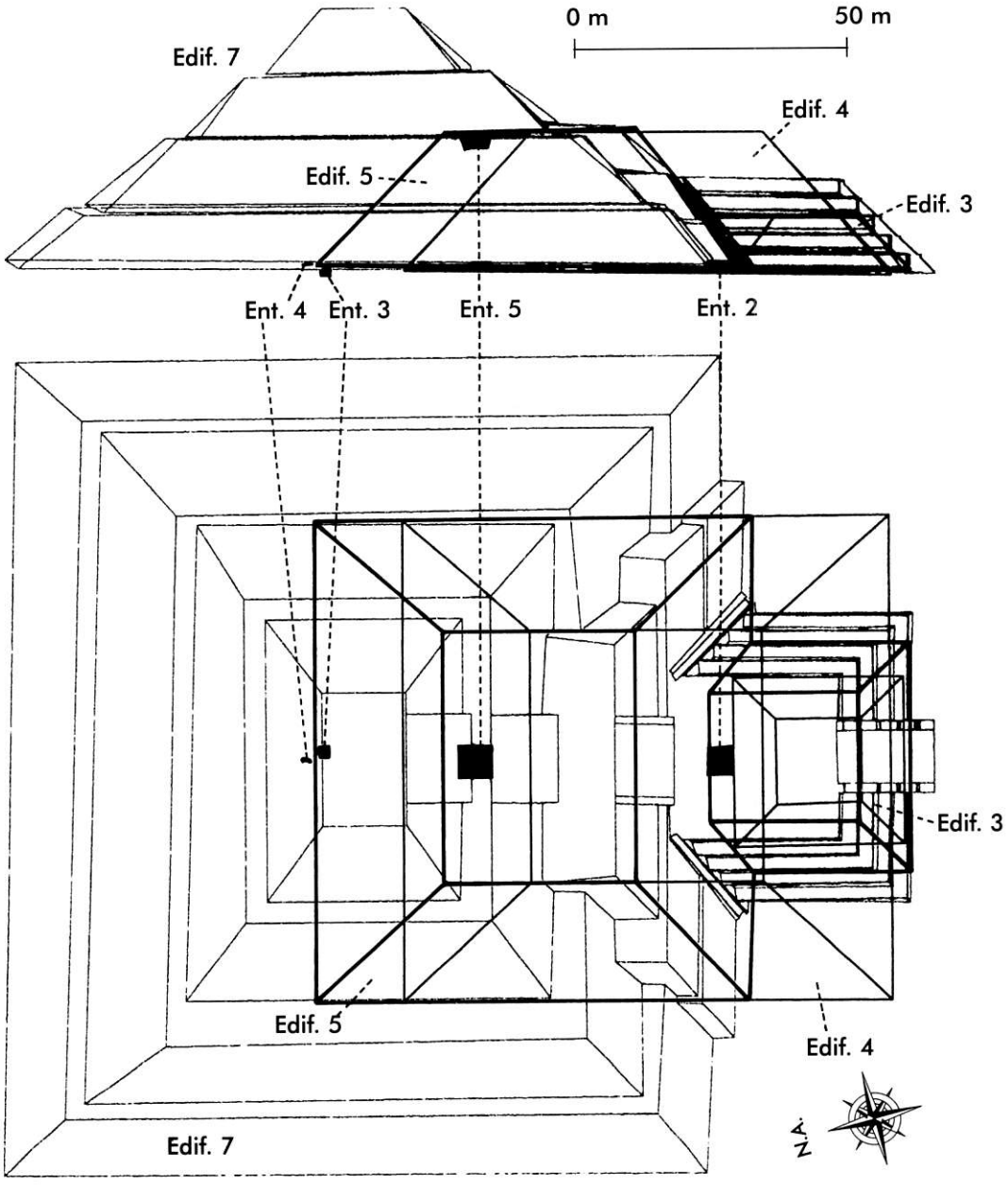

Figura 1. Planta y perfil de la Pirámide de la Luna que muestra los entierros 2-5 y las subestructuras asociadas.

to, hacia 100 d.C., hasta la caída de Teotihuacan, alrededor de 600 d.C. El majestuoso basamento que actualmente se encuentra a la vista del visitante corresponde a la séptima y última etapa de dicha secuencia y encierra en su interior otros seis edificios superpuestos: han sido designados con números arábigos del 1 al 7, desde el más pequeño y antiguo hasta el más grande y reciente. Como hemos mencionado, los entierros 2, 3 y 4 fueron localizados en la base de la pirámide, siempre sobre su eje central norte-sur.[4] Estaban invariablemente en el interior del relleno arquitectónico, lo

[4] Sugiyama y Cabrera, 1999b, 2000.

que demuestra que todos ellos fueron enterrados durante el proceso de construcción de un nuevo edificio.

El Entierro 2 es el más rico y complejo de los exhumados hasta ahora en la base de la pirámide. Fue colocado por los teotihuacanos justo al norte de la fachada septentrional del Edificio 3 durante la construcción del Edificio 4. Esta ampliación con muros en talud, fechada hacia la primera mitad del siglo III d.C., representa un agrandamiento sustancial con respecto a la ampliación precedente, pues su tamaño es casi nueve veces mayor.[5] El Entierro 2 yacía sobre una delgada capa de lodo colocada directamente sobre el tepetate y estaba limitado por un cerco cuadrangular de piedras que medía 3.5 por 3.5 por 1.5 m.[6]

En términos generales, el Entierro 2 contenía el esqueleto completo de un individuo que fue inmolado y ofrendado al edificio junto con decenas de animales (mamíferos, aves y reptiles) y cientos de artefactos de obsidiana (excéntricos antropomorfos, cuchillos, puntas, navajillas), jadeíta y guatemalita (imágenes antropomorfas, cuentas, orejeras, placas), concha (orejeras, pendientes, cuentas, dientes), cerámica (ollas), fibra (cuerdas), pizarra y pirita (espejos).[7] De manera significativa, este individuo no llevaba sobre su cuerpo demasiados ornamentos; sólo tenía dos orejeras y unas pocas cuentas de piedra verde. Su cadáver se encontraba en posición sedente, recargado sobre el muro este y orientado hacia el oeste. Sus brazos estaban atrás de la espalda y con las manos juntas, como si estuvieran atadas a la altura de las muñecas. Según los estudios antropofísicos de Michael Spence[8] y Grégory Pereira,[9] este individuo era de sexo masculino y su edad al morir fluctuaba entre los 40 y los 50 años.[10] A esto hay que sumar el análisis de los isótopos estables del oxígeno en el fosfato óseo y dental que realizaron Christine White, Michael W. Spence y otros colaboradores.[11] Los datos obtenidos por estos investigadores revelan que el individuo pasó su infancia en un lugar distinto a Teotihuacan.[12] Por tanto, existe la posibilidad de que se tratara de un extranjero capturado en contienda y sacrificado posteriormente a la pirámide.

Por otra parte, los análisis del biólogo Óscar J. Polaco[13] indican que la fauna del Entierro 2 provenía tanto de la región de Teotihuacan como de zonas tropicales y costeras.[14] La lista de especies identificadas incluye dos pumas (*Puma concolor*) y un lobo (*Canis lupus*) completos, los cuales estaban dentro de jaulas de madera, además de dos cráneos de puma. También había nueve águilas reales (*Aquila chrysaetos*), un halcón de pradera (*Falco mexicanus*), un cuervo (*Corvus corax*), un búho cornudo (*Bubo virginianus*), al menos seis serpientes de cascabel (*Crotalus* sp.), así como conchas y caracoles marinos aún no cuantificados (entre ellos, *Pleuroploca gigantea* y *Turbinella angulata*, ambos del Mar Caribe). Sobra decir que la mayor parte de estos animales aparecen en la iconografía teotihuacana en contextos relacionados directamente con la guerra y el sacrificio.

Con respecto a los numerosos artefactos presentes en el entierro, destacan dos concentraciones que ocupaban el centro del depósito. Cada una de ellas estaba integrada por una escultura antropomorfa de cuerpo completo tallada en piedra verde, un espejo de pizarra con aplicaciones de pirita, nueve cuchillos de obsidiana, además de puntas de proyectil y pendientes de concha. La escultura de mayores dimensiones aparentemente pertenece al sexo femenino y, por su tocado, pudiera

[5] Sugiyama, 2004a, p. 18.
[6] Sugiyama, Cabrera y López Luján, 2004, pp. 20-23.
[7] *Vid.* Sugiyama, 2004b, pp. 43-46.
[8] Profesor de la University of Western Ontario, Canadá.
[9] Arqueólogo del Centre National de la Recherche Scientifique, Francia.
[10] Pereira y Spence, 2004.
[11] Profesores-investigadores de la University of Western Ontario, Canadá.
[12] White *et al.*, 2002.
[13] Biólogo de la Subdirección de Apoyo Académico y Laboratorios del INAH.
[14] Polaco, 2004.

estar relacionada con el culto al maíz.[15] En cambio, la otra imagen es claramente masculina y pudiera representar a un cautivo de guerra.[16]

Debemos subrayar que todos los materiales que componen el Entierro 2 muestran una distribución espacial excepcionalmente regular. Dicho orden no es casual, sino que obedece a un código ritual de un profundo sentido religioso, tal y como sucede en las ofrendas mexicas.[17] En primer lugar, es evidente que el individuo, los animales y los artefactos fueron colocados siguiendo trazos axiales imaginarios que corren horizontalmente a través del receptáculo, tres en sentido longitudinal y tres en sentido transversal. En ocasiones, algunos de estos ejes fungen como división de dos espacios, pudiendo ser simétricos (hay objetos de la misma naturaleza y en igual cantidad en ambos lados de cada eje) o asimétricos.

Existen, en segundo lugar, conjuntos de objetos que se repiten en varios sectores del receptáculo. Algunos de ellos son heterogéneos. Por ejemplo, en ocho de las nueve intersecciones de los ejes longitudinales con los transversales había un conjunto compuesto por el esqueleto de un águila real, un excéntrico antropomorfo, un pequeño cuchillo de sacrificio y varias navajillas de obsidiana, además de algunas cuentas de concha. Otros, en cambio, son homogéneos. Se trata de concentraciones de puntas de proyectil, de cuchillos de sacrificio, de navajillas de obsidiana, de pendientes de concha, etcétera. Tanto los conjuntos heterogéneos como los homogéneos suelen tener 3, 4, 5 y 9 integrantes, números éstos relacionados con las concepciones mesoamericanas del tiempo y el espacio.

En tercer y último lugar, la superposición de algunos materiales nos indica que el rito siguió una secuencia específica. En efecto, aunque el enterramiento de dones se hizo en una sola ocasión, la existencia de niveles verticales de colocación de objetos marca la correspondencia de éstos con momentos sucesivos de la misma ceremonia, quizás establecidos con rigor por la liturgia. Según puede observarse en los registros de campo, cada nivel vertical está compuesto por objetos semejantes entre sí, hecho que denota el seguimiento de criterios taxonómicos durante la oblación. Al parecer, en el Entierro 2 existen cuatro niveles verticales bien definidos. Por ejemplo, el último de ellos consistió en acomodar, en el nivel superior, cinco ollas Tláloc sobre sus costados tanto en el centro como en las esquinas noreste, noroeste, sureste y suroeste del receptáculo.[18] Esta distribución no solamente simula que las ollas están liberando agua pluvial por un mecanismo de magia imitativa,[19] sino que emula el quincunce y la distribución del dios de la lluvia en el ombligo y las esquinas del universo.[20] En otros términos, el Entierro 2 conforma un verdadero cosmograma.

El Entierro 3 también sobresale por su riqueza y complejidad. Fue depositado al norte de la fachada septentrional del Edificio 4, durante la construcción del Edificio 5. Este agrandamiento se remonta a 300 d.C. y se distingue del anterior por su innovadora combinación arquitectónica de una plataforma adosada con un cuerpo principal escalonado.[21] Los materiales del Entierro 3 se encontraban en el interior de una fosa cuadrangular de 2.5 por 2.5 y por 1.5 m, la cual fue excavada *ex professo* en la capa de tepetate.[22]

A diferencia del Entierro 2, este depósito contenía los restos mortales de cuatro individuos, aunque también acompañados por decenas de animales (varios mamíferos y un ave) y cientos de arte-

[15] Taube, comunicación personal, 1999.
[16] López Luján *et al.*, 2004 y en este mismo volumen.
[17] *Vid.* López Luján, 1993.
[18] Cowgill (1997, p. 142) ha señalado correctamente que las ollas Tláloc suelen aparecer en contextos de alto estatus y de culto público, como la Pirámide de la Serpiente Emplumada, por lo cual pudieran haber estado directamente asociadas con la religión estatal.
[19] *Vid.* López Luján, 1997.
[20] *Idem.*
[21] Sugiyama, 2004a, pp. 18-19.
[22] Sugiyama, Cabrera y López Luján, 2004, pp. 24-25.

factos de obsidiana (excéntricos antropomorfos, cuchillos, puntas, navajillas), jadeíta y guatemalita (imágenes antropomorfas, cuentas, orejeras, narigueras), concha (orejeras, pendientes, cuentas, dientes), fibra (cuerdas y un posible petate), pizarra y pirita (un espejo) (fig. 2).[23] Al parecer, los cuatro individuos fueron sacrificados al edificio, pues tenían los brazos atrás de la espalda, las muñecas empalmadas y algunos restos de fibra en las extremidades y en la mandíbula (¿mordazas?).

Los cuerpos de los individuos 3-A, 3-B y 3-C yacían paralelamente, en posición ventral extendida, en sentido este-oeste y con la cabeza al este. En cambio, el individuo 3-D se encontró en posición lateral izquierda flexionada, aunque es posible que originalmente estuviera en posición sedente, recargado sobre el muro norte y orientado hacia el sur. Es muy importante destacar que este último personaje tenía una ubicación y una postura análogas a las del individuo del Entierro 2, además de que carecía de toda suerte de ornamentos. De acuerdo con Grégory Pereira y Michael W. Spence,

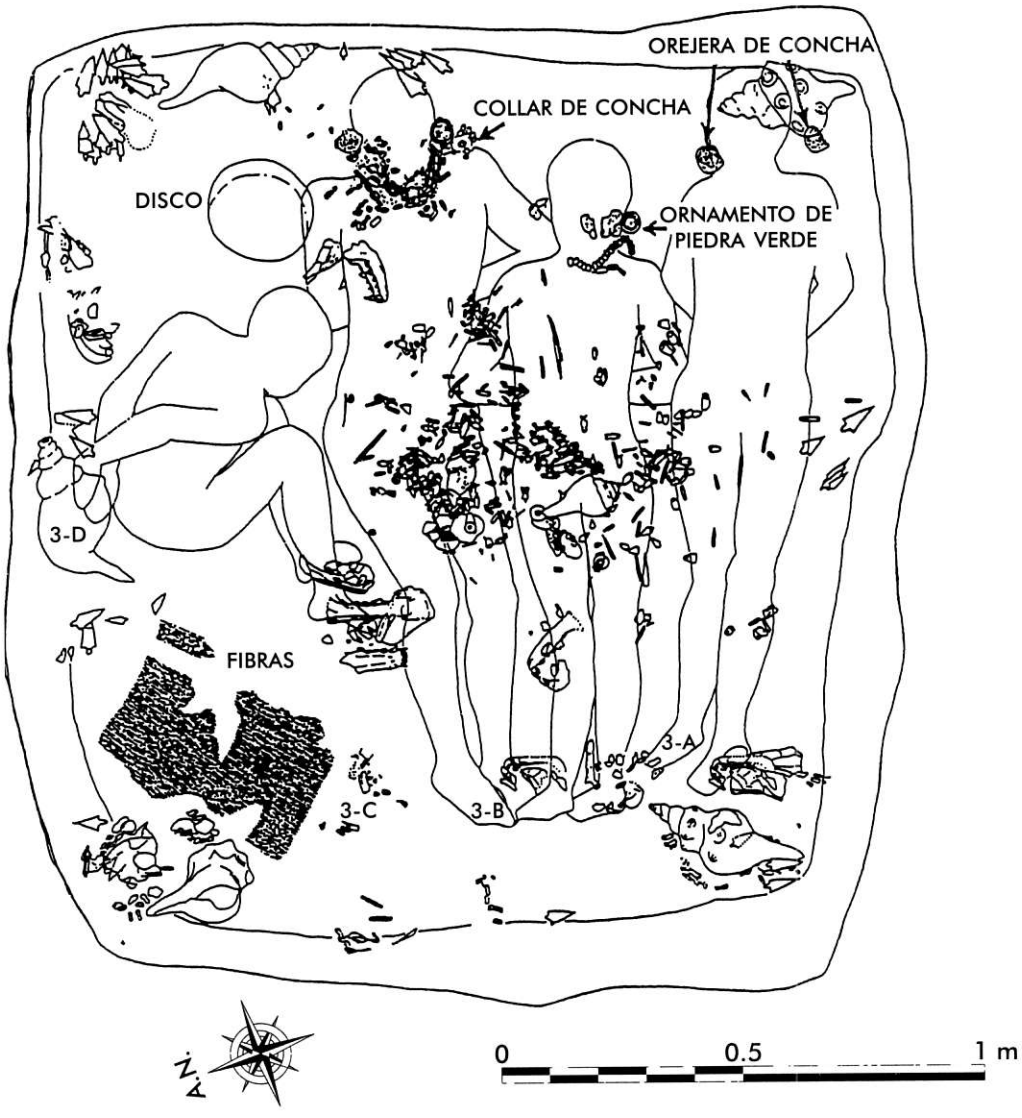

Figura 2. Planta general del Entierro 3, Pirámide de la Luna.

[23] *Vid.* Sugiyama, 2004b, pp. 46-47; McClung, 2004, pp. 37-38.

los cuatro individuos pertenecen al sexo masculino, pero contaban con edades diferentes en el momento de su muerte: 3-A tenía unos 35 años; 3-B, entre 18 y 20 años; 3-C, alrededor de 25 años, y 3-D, cerca de 15 años.[24] Según los análisis isotópicos, estos individuos eran extranjeros,[25] quizás inmigrados a Teotihuacan o cautivos de guerra.

Las joyas que portaban 3-A, 3-B y 3-C son semejantes a las que tenían los sacrificados de la Pirámide de la Serpiente Emplumada que fueron descubiertos en los años ochenta y noventa: 3-A lucía un par de orejeras circulares de concha; 3-B ostentaba dos orejeras circulares pequeñas, una nariguera en forma de crótalo de serpiente y un collar de cuentas, objetos todos elaborados con piedras de color verde; 3-C tenía un par de pequeñas orejeras circulares de concha y un collar con representaciones de maxilares hechas de este mismo material. Como mencionamos líneas arriba, 3-D no poseía ornamentos. Posiblemente, las diferencias entre los ajuares se deben a que los personajes en cuestión pertenecían a distintas clases o grupos sociopolíticos, aunque ninguno de ellos parecería haber tenido un nivel demasiado elevado.

Según el análisis de Polaco, entre los restos faunísticos del Entierro 3 destacan 18 cráneos de cánidos y felinos (14 de *Canis lupus*, tres de *Puma concolor* y uno posiblemente de *Pantera onca*), los cuales aún conservan sus primeras vértebras cervicales.[26] Esto nos indica que sus cabezas fueron cercenadas del cuerpo cuando aún contaban con tejidos blandos. También se recuperaron el esqueleto completo de lo que parece ser una aguililla caminera (*Buteo* cf. *B. magnirostris*) y varias conchas y caracoles (entre ellos, *Turbinella angulata* y *Pleuroploca gigantea*).

Dos concentraciones de artefactos heterogéneos se localizaban justo al centro de la fosa. Ambas incluían una escultura antropomorfa tallada en piedra verde, varias cuentas también de piedra verde, un caracol y varias conchas marinas, así como excéntricos antropomorfos, puntas de proyectil y navajillas de obsidiana. Las dos esculturas de piedra verde en cuestión son miniaturas de calidad excepcional que representan dignatarios sentados en flor de loto, con tocado, orejeras desmontables y braguero (*máxtlatl*).

Los materiales del Entierro 3 fueron distribuidos horizontalmente a lo largo de siete trazos axiales imaginarios, cuatro de ellos en sentido longitudinal y tres en sentido transversal. También se observaron aquí conjuntos de elementos heterogéneos como los mencionados del centro de la fosa, así como concentraciones de objetos con las mismas características morfofuncionales (de puntas de proyectil de obsidiana, de pendientes de concha y de cuentas de piedra verde). En el Entierro 3 existen cinco niveles verticales bien definidos. Al igual que en el Entierro 2, el nivel más superficial cuenta con cinco elementos de carácter acuático, en este caso caracoles marinos de grandes dimensiones. Dichos caracoles están distribuidos en forma de quincunce y colocados intencionalmente en posición horizontal.

El Entierro 4, por su parte, fue depositado al norte de la fachada septentrional del Edificio 5, justo cuando se construía el Edificio 6, otro agrandamiento sustancial de la pirámide realizado entre 350 y 400 d.C.[27] A diferencia de los entierros 2 y 3, los dones del Entierro 4 fueron colocados directamente sobre la tierra y las piedras del relleno constructivo.[28] Su contenido se limitaba a 17 cráneos humanos con sus primeras vértebras cervicales en relación anatómica,[29] además de un atlas suplementario perteneciente a un décimo octavo individuo. Aparte de dichos restos esqueléticos no se descubrieron otros materiales asociados.

[24] Pereira y Spence, 2004.
[25] White *et al.*, 2003.
[26] Polaco, 2004.
[27] Sugiyama, 2004a, p. 19.
[28] Sugiyama, Cabrera y López Luján, 2004, p. 26.
[29] Además, ocho de estos individuos tenían el hueso hioides en posición anatómica (Pereira *et al.*, 2004).

Pese al deplorable estado de conservación en que se encontraban estos materiales, el cuidadoso análisis antropofísico de Pereira y asociados revela que casi todos los individuos sacrificados eran hombres jóvenes, siempre menores de 35 años.[30] Se observaron en ellos diversos tipos de deformación craneal y de mutilación dentaria (esta última, práctica atípica de la población teotihuacana), lo que pudiera señalar que los occisos tenían orígenes diversos y que quizá pertenecían a estatus sociales elevados. En consonancia con lo anterior, el estudio isotópico indica que la mayor parte de ellos eran extranjeros que cambiaron de lugar de residencia en el transcurso de su vida, tal vez debido a actividades laborales como el comercio, la guerra o la diplomacia.[31]

Como parte de la ceremonia de ampliación, estos individuos perdieron la vida uno a uno, al ser violentamente desnucados, quizá con una porra o un hacha de piedra.[32] A continuación, se procedió a cercenar las cabezas de los cuerpos inertes con ayuda de finísimas navajillas de obsidiana.[33] Una vez separadas, las cabezas fueron llevadas al pie de la fachada trasera de la pirámide, donde fueron depositadas en el relleno de la nueva ampliación, al mismo nivel y dentro de una superficie aproximadamente rectangular.[34] Muchas de ellas quedaron acomodadas con el cuello hacia abajo y, al parecer, agrupadas según su origen geográfico-cultural.[35] Finalmente, esta ofrenda fue cubierta con una fina capa de pigmento rojo y sepultada con grandes piedras irregulares.

El Entierro 5

El Entierro 5 es muy diferente a los anteriores en lo relativo a su posición arquitectónica, contenido y organización espacial interna. Se trata, de hecho, del único depósito de este tipo aparecido hasta la fecha en la antigua Teotihuacan. Fue descubierto cuando se exploraba la porción superior del Edificio 5 en busca del hipotético templo que lo habría coronado. La excavación de un túnel en sentido sur-norte y siguiendo el eje central de la pirámide no dio con ningún vestigio de dicho templo; sin embargo, sirvió para detectar que el piso estaba roto en el extremo norte de la cúspide. La rotura tenía forma rectangular y medía 6 m por lado. Era ni más ni menos que el borde del enorme receptáculo del Entierro 5, el cual había sido rellenado con toneladas de tierra y piedras.

Un análisis minucioso del contexto nos hizo ver que el piso en cuestión nunca fue reparado: el relleno del receptáculo continuaba hacia arriba, más allá de su borde superior. Al mismo tiempo, nuestro levantamiento topográfico puso en evidencia que el Entierro 5 ocupaba justo el centro tridimensional del Edificio 6. Esta información nos permite afirmar que el depósito se hizo con motivo de la clausura del Edificio 5 y la erección del penúltimo agrandamiento de la pirámide.[36] Por tanto, podemos fecharlo entre 350 y 400 d.C.

El receptáculo está constituido por cuatro muros burdos en talud, por lo que su espacio interior se va estrechando conforme se avanza hacia la base, cuadrada y plana, ubicada a 3.5 m bajo el borde superior.[37] Los materiales arqueológicos se concentraban precisamente en la base. Estaban sumamente deteriorados debido al tremendo peso ejercido por el relleno de tierra y piedras. En este rico

[30] Pereira *et al.*, 2004; Pereira y Spence, 2004. De los 18 individuos, 15 eran masculinos y tres de sexo indeterminado. Todos eran adolescentes o adultos jóvenes.

[31] White *et al.*, 2003; Pereira *et al.*, 2004; Pereira y Spence, 2004. Solamente los restos de tres individuos arrojaron valores que caen dentro del rango propio de poblaciones de Teotihuacan, la Cuenca de México y Cholula. Los demás individuos, por el contrario, tienen valores propios del área maya (tierras altas y tierras bajas), el Golfo de México y Michoacán.

[32] Pereira *et al.*, 2004.

[33] En Mesoamérica, la decapitación nunca fue causa de muerte, pues no se emplearon instrumentos contundentes de metal que cortaran la cabeza de un tajo, tales como el hacha, el alabarda, el mandoble y la guillotina.

[34] Dicha área se orienta longitudinalmente de noreste a suroeste.

[35] Pereira *et al.*, 2004.

[36] Sugiyama, 2004a, pp. 19-20.

[37] Sugiyama, Cabrera y López Luján, 2004, pp. 27-30.

depósito destacaban ampliamente los cadáveres completos de tres individuos: 5-A, ubicado al centro del extremo occidental de la fosa; 5-B, hacia la esquina suroeste, y 5-C, al centro del extremo septentrional. Los tres estaban sentados en flor de loto y orientados hacia el poniente (fig. 3). Sus manos descansaban plácidamente una sobre la otra, justo encima de los pies.[38] Gracias a diversos estudios sabemos que los individuos eran masculinos y que, en el momento de su muerte, la edad estimada de 5-A oscilaba entre los 50 y los 60 años, la de 5-B entre los 45 y los 55, y la de 5-C entre los 40 y los 45.

Según los resultados preliminares del cuidadoso análisis isotópico de Spence, White y sus asociados,[39] todos habrían pasado su infancia temprana, entre los tres y cinco años de edad, lejos de Teotihuacan: 5-A y 5-B en una misma región aún indeterminada (sus valores son similares a los de los Altos de Guatemala y de Michoacán), y 5-C en algún lugar de la costa del Golfo o de las tierras bajas mayas. Ya en edad adulta, 5-A habría ido a residir los últimos 7-10 años de su vida en Teotihuacan o sus alrededores; 5-B habría permanecido en su lugar de origen hasta poco antes de su muerte, la cual aconteció casi seguramente en Teotihuacan, y 5-C habría emigrado a la región de donde eran originarios 5-A y 5-B para luego fallecer también en Teotihuacan. Existe, no obstante, la remota posibilidad de que 5-B y 5-C hubieran muerto en la región de origen de 5-A y 5-B, y que sus cadáveres fueran llevados hasta la Cuenca de México para ser sepultados en la Pirámide de la Luna.

Los cadáveres de 5-A y 5-B estaban uno junto al otro.[40] De manera significativa, portaban ornamentos casi idénticos que conjugan armónicamente rasgos mayas y teotihuacanos. Fueron elaborados con jadeíta y guatemalita del Valle del Motagua, según la identificación por ICP de Hector

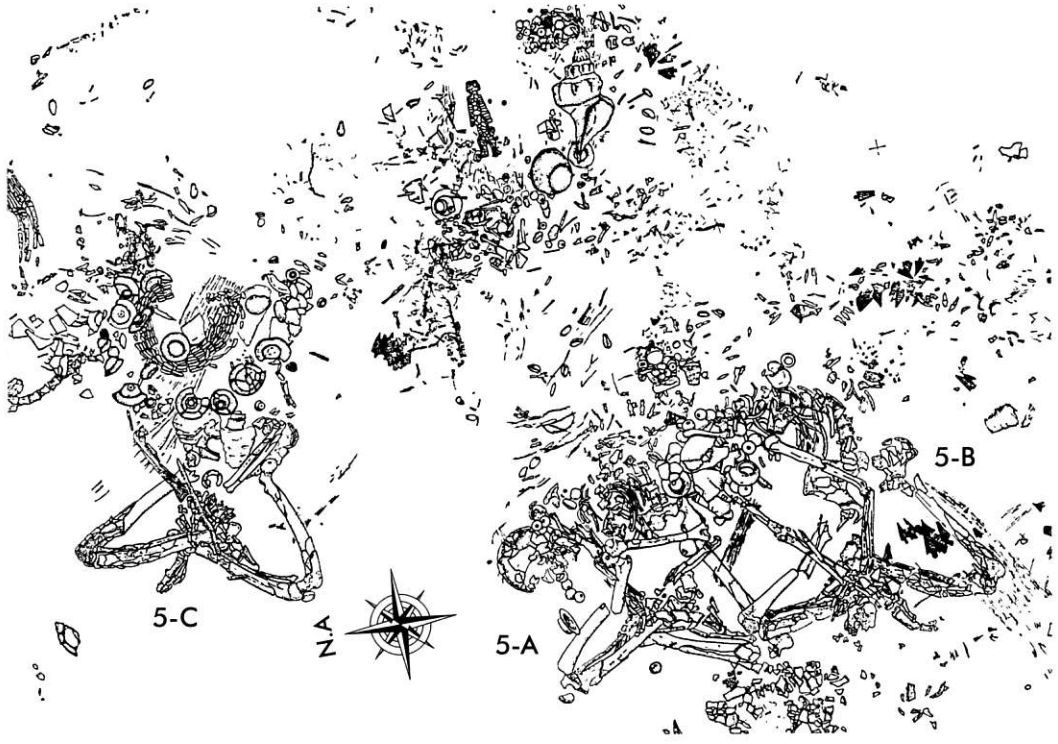

Figura 3. Planta general del Entierro 5, Pirámide de la Luna.

[38] 5-A y 5-B tenían las palmas de ambas manos hacia abajo, mientras que 5-C tenía la palma de la mano derecha hacia arriba.
[39] Pereira *et al.*, 2004; Pereira y Spence, 2004.
[40] Aunque 5-A fue enterrado antes que 5-B, es claro que estas dos acciones se llevaron a cabo casi de manera simultánea (Pereira *et al.*, 2004).

Neff[41] y el estudio petrográfico de Ricardo Sánchez.[42] Cada ajuar consistía en un par de orejeras circulares grandes, un collar de 21 cuentas globulares[43] y un pendiente en forma de barra como los que acostumbraban portar los reyes mayas (figs. 4 y 5).[44]

Un hecho crucial para la ulterior interpretación del Entierro 5 es que las joyas de 5-A no sólo son ligeramente más grandes y bastante más delicadas que las de 5-B,[45] sino que poseen glifos aparentemente teotihuacanos sobre sus superficies. Las orejeras tienen inciso en su anverso el glifo llamado *pinwheel* ("remolino"), mientras que la barra muestra al frente el conocido *bundle C* ("atado C") (fig. 6). El primero de ellos consistente en un anillo inscrito internamente con varias aspas curvadas, ha sido asociado por diversos investigadores con la turquesa y el movimiento.[46] En el Posclásico, este mismo glifo se empleaba como símbolo de los días y las veintenas.[47] Por su parte, el segundo glifo está conformado por dos bandas dobles cruzadas en forma de letra X, las cuales están flanqueadas por marcos rectangulares y trapecios a manera de tableros y taludes.[48] Representa un bulto anudado de varas, es decir, el célebre *xiuhmolpilli* o "atado de años", símbolo teotihuacano del ciclo de 52 años y del fuego nuevo.

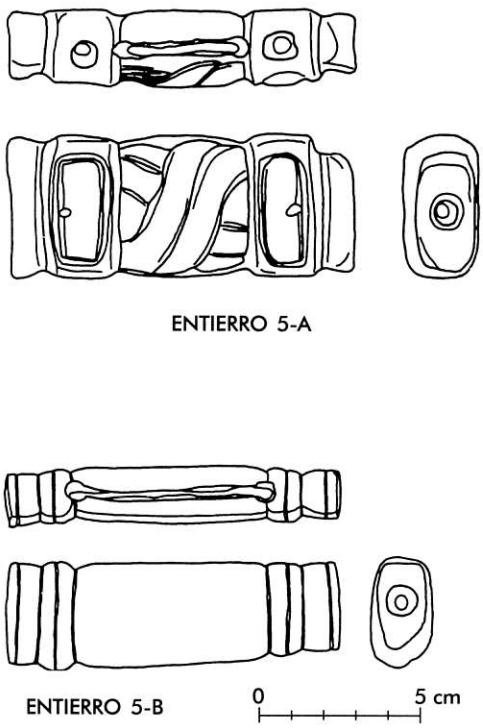

Figura 4. Los pendientes de jadeíta del Entierro 5.

No nos parece de ninguna manera circunstancial que todas las ideas expresadas por los glifos *pinwheel* y *bundle C* —la turquesa, el movimiento, los ciclos calendáricos, el fuego y la antorcha— fungieran en Mesoamérica como símbolos por excelencia del tiempo en abstracto y del poder político de la realeza.[49] Sin lugar a dudas, su presencia califica el rango del individuo que los portaban. Debemos hacer notar a este respecto que muchos pendientes mayas de jadeíta, idénticos al que porta 5-A, tienen inscrito el glifo *pop*, es decir, el complejo entrelazado de una estera que también simbolizaba el poder real en Mesoamérica.[50]

Los ornamentos personales de 5-C eran muy distintos. Este individuo, separado espacialmente de 5-A y 5-B, se distinguía de ellos por dos grandes orejeras discoidales de concha con aplicaciones de jadeíta en forma de pequeñas orejeras.[51] Lucía además un complejo collar compuesto por siete sartales paralelos, cada uno con decenas de

[41] Neff, 2004. Arqueólogo del Department of Anthropology de la California State University, Long Beach.
[42] Geólogo de la Subdirección de Apoyo Académico y Laboratorios del INAH.
[43] Las cuentas se localizaron en la misma área, por lo que existe también la posibilidad de que un collar tuviera 22 cuentas y el otro 20.
[44] Proskouriakoff, 1974, lám. 27.
[45] Sus paredes son más delgadas y sus superficies tienen un bruñido más intenso.
[46] Langley, 1986, p. 278, n. 156, referencias 232, 392.
[47] Este glifo está presente en un famoso espejo de la Tumba A-VI de Kaminaljuyú (Kidder *et al.*, 1946, pp. 128-129, fig. 53d; Taube, 1992, figs. 6a-b). También tiene similitudes formales con el glifo maya T627, Langley, 1986, p. 239.
[48] Langley, 1986, pp. 238-239, n. 32, referencias 390, 391; Winning, 1987, v. 2, fig. 19.
[49] *Vid.* Langley, 1986, pp. 152-153, 245, 254, 332; Caso, 1967, pp. 130-138; López Austin *et al.*, 1991; Cowgill, 1997, p. 150.
[50] *Vid.* Inomata *et al.*, 2003, p. 126, fig. 141.
[51] Estas orejeras discoidales de concha con aplicaciones de jadeíta son muy similares a las representaciones de Teotihuacan y Kaminaljuyú que Taube (1992, figs. 2d, 2f, 3a, 6c y 7) ha interpretado como espejos con orejeras.

Figura 5. Pendientes utilizados por los gobernantes mayas, Altar Q de Copán, Honduras.

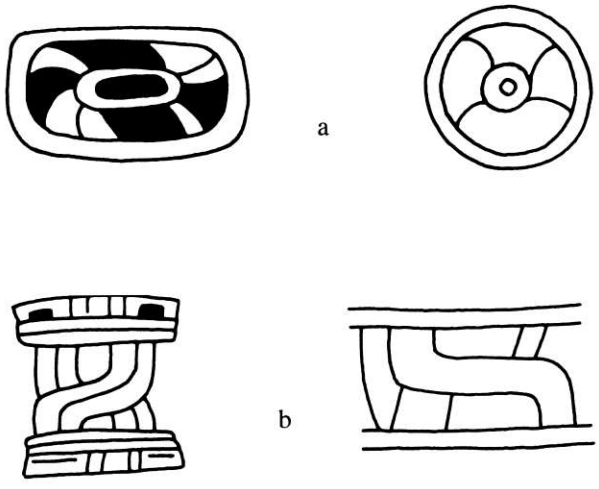

Figura 6. Glifos teotihuacanos: *a) pinwheel*; *b) bundle C*.

placas rectangulares de concha; de estos sartales pendían nueve discos también de concha con aplicaciones de jadeíta, los cuales también tenían forma de pequeñas orejeras. Aunque no hay collares totalmente idénticos en la iconografía del Clásico mesoamericano, encontramos importantes analogías, por ejemplo, en los que ostentan los dignatarios teotihuacanos pintados en Techinantitla (fig. 7);[52] también hay un cierto parecido con los collares de los dos gobernantes mayas esculpidos en la Estela 1 de Ixkún (fig. 8).[53] Señalemos además que, junto al brazo derecho de 5-C, había una vara muy deteriorada, quizá vestigio de un bastón, un cetro o un lanza-dardos de madera.

Finalmente, vale la pena agregar que la rica indumentaria de 5-A, 5-B y 5-C se complementaba con largas fibras blanquecinas de gramíneas y diminutos excéntricos de obsidiana en forma de seres humanos, serpientes y cuchillos, miniaturas éstas que quizás estaban hilvanadas a las fibras.[54] Estos materiales se extendían regularmente atrás de la cabeza y la espalda de cada personaje, lo que nos hace vislumbrar que se trata de los vestigios de capas, tocados o pelucas.

Enfrente de los tres esqueletos en cuestión se descubrieron los restos óseos y en relación anatómica de animales, que bien pudieron haber *a*) simbolizado su *alter ego*; *b*) formado parte de sus nombres propios, o *c*) servido como apelativos de los grupos de parentesco, políticos, militares o religiosos a los que pertenecían. Así, 5-A se asociaba directamente a un águila real (*Aquila chry-*

[52] *Vid.* Millon, C., 1988, figs. V.1-10.
[53] *Vid.* Graham, 1980, 2, pp. 137-139.
[54] *Vid.* Sugiyama, 2004b, pp. 48-51; McClung, 2004, p. 38.

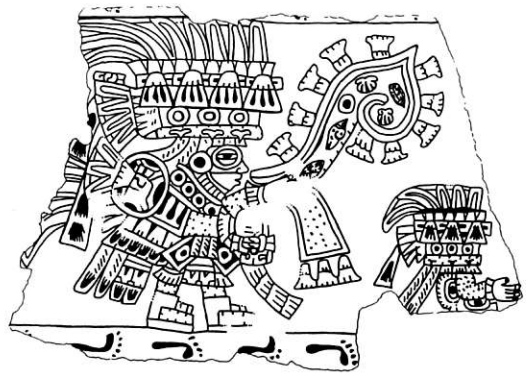

Figura 7. Collar usado por un dignatario teotihuacano, Techinantitla, Teotihuacan.

Figura 8. Collar usado por un gobernante maya, Estela I de Ixkún, Guatemala (basado en Graham, 1980, 2, p. 139).

saetos), mientras que tanto 5-B como 5-C se vinculaban a un puma (*Felis concolor*).[55]

Además de los ornamentos y animales asociados a los tres personajes sentados en flor de loto, se localizaron numerosas ofrendas dispersas por toda la fosa. En el área central, inmediatamente atrás de 5-A y 5-B, había una figura antropomorfa de jadeíta sentada en flor de loto y con sus propios ornamentos también de jadeíta: dos orejeras, un pectoral, un collar de nueve cuentas diminutas y otro collar de nueve cuentas grandes y globulares.[56] La figura estaba cubierta con un tejido de fibras de gramíneas y rodeada por caracoles, conchas, miniaturas antropomorfas y zoomorfas de obsidiana, restos de pirita y esqueletos de pequeñas serpientes.[57] Evidentemente, esta imagen debió haber jugado un papel simbólico central, dada su calidad excepcional, los ricos materiales asociados con ella y el hecho de encontrarse exactamente al centro del depósito.

Cerca de la pared oriental de la ofrenda se hallaron una trompeta de caracol; cuentas y orejeras de concha; un gran excéntrico antropomorfo, puntas de proyectil y navajillas de obsidiana; cuentas, orejeras y "resplandores" de piedra verde; discos pequeños de pizarra; un artefacto de piedra pulida de inusual forma cilíndrica con las aristas redondeadas; fibras de gramíneas y esqueletos de serpientes. Finalmente, en cada una de las cuatro esquinas se localizó un conjunto de navajillas de obsidiana.[58]

El significado y la función de los complejos de entierros y ofrendas

Esta rápida descripción de los entierros 2, 3, 4 y 5 nos ofrece una visión general del tipo de ceremonias que se llevaban a cabo con motivo del agrandamiento de uno de los más espectaculares edificios religiosos de la urbe y nos revela aspectos desconocidos de las relaciones a larga distancia, los símbolos del poder político y el sacrificio humano en Teotihuacan. Igualmente, los contextos de la Pirámide de la Luna nos permiten vislumbrar que dichas ceremonias eran hasta cierto punto análogas

[55] Además de estos ejemplares, apareció un cráneo de puma, varios esqueletos de serpiente (una de ellas del género *Crotalus*), así como caracoles marinos (entre ellos, *Turbinella angulata* y *Pleuroploca gigantea*). Polaco, 2004, comunicación personal, marzo de 2004.

[56] *Vid.* Sugiyama, 2004b, p. 48, fig. 118; Sugiyama, Cabrera y López Luján, 2004, p. 29, fig. 51.

[57] Sugiyama y Cabrera, 2003, fig. 8.

[58] *Vid.* Sugiyama, 2004b, pp. 48-51.

a las que se realizaban en la Pirámide del Sol[59] y en la Pirámide de la Serpiente Emplumada.[60] Al menos así lo manifiestan los depósitos descubiertos hasta el día de hoy en la base y las esquinas de estas dos últimas pirámides, pues en ellos también estaban presentes restos de individuos sacrificados, de animales y de artefactos como las ollas Tláloc, los espejos de pizarra con pirita, los ornamentos de jadeíta, las puntas de proyectil, las navajillas y los excéntricos antropomorfos y zoomorfos de obsidiana.

Sin embargo, en comparación con los datos de las pirámides del Sol y de la Serpiente Emplumada, los de la Pirámide de la Luna tienen una enorme ventaja para nuestro estudio sobre el simbolismo y la función de los espacios rituales: por primera ocasión en la historia de la arqueología teotihuacana se detectan complejos de entierros y ofrendas en la cúspide de una construcción de grandes proporciones. Esto es altamente significativo, pues, como sabemos, en la arquitectura religiosa mesoamericana cada parte de una edificación tiene un valor semiótico diferente. Lo anterior implica que cada punto de los planos horizontal y vertical de la pirámide habría sido el escenario de un tipo de ceremonias y ofrendas igualmente diferentes. Por ejemplo, las excavaciones en el Templo Mayor de Tenochtitlan han revelado que los mexicas acostumbraban sepultar sus ofrendas de consagración en la base de la pirámide, la cual representaba a la tierra, e inhumar a sus dignatarios de más alto nivel en la cima, imagen artificial del cielo.[61] Creemos, por tanto, que no resulta ocioso contrastar los tres depósitos hallados en la base de la Pirámide de la Luna con el explorado en su cúspide en 2002. Estamos convencidos de que dicha confrontación nos ayudará a comprender mejor el significado y la función de las dos porciones del edificio.

La tarea más sencilla, sin duda alguna, consiste en encontrar las semejanzas existentes entre los cuatro depósitos explorados. En este sentido, la constante más clara es la presencia —tanto abajo como arriba de la pirámide— de más o menos el mismo tipo de materiales: restos óseos de extranjeros pertenecientes al sexo masculino; huesos de cánidos, felinos, aves rapaces y serpientes de cascabel; conchas y caracoles marinos, y artefactos de piedra, cerámica, concha, madera y fibras vegetales. Vale la pena subrayar que estos materiales tan heterogéneos vienen tanto del área circunvecina a Teotihuacan como de regiones mucho más distantes, principalmente de las costas y las zonas tropicales del Golfo y el sureste mesoamericano. Sin embargo, lo más notable es que casi todos ellos fungieron como ornamentos personales, instrumentos rituales, símbolos religiosos y elementos de la parafernalia militar.

Otra analogía tiene que ver con los receptáculos que contenían los materiales en cuestión. Con excepción del Entierro 4, todos son espacios bien delimitados, de planta cuadrada y orientados hacia las direcciones cardinales. Esto nos hace suponer que, al igual que en otros sitios arqueológicos del Centro de México, el receptáculo de ofrendas emula una porción del universo, en este caso la superficie terrestre. Dicha hipótesis encuentra sustento en la organización espacial de los materiales en el fondo de cada receptáculo, donde es evidente que se siguió un estricto orden basado en la cosmovisión. La distribución en quincunce de objetos como las ollas Tláloc, los caracoles marinos y las navajillas de obsidiana, además de la agrupación de materiales en conjuntos de 3, 4, 5, 9 y 18 elementos, materializan las antiguas y bien arraigadas concepciones mesoamericanas del tiempo y del espacio.

Para concluir con las semejanzas, mencionemos que los cuatro entierros se ubicaban exactamente sobre el eje central norte-sur de cada agrandamiento arquitectónico y que ninguno de ellos conformaba una cámara hueca como las descubiertas en sitios tan diversos como Tenochtitlan, Monte Albán o Palenque. Por el contrario, una vez terminado el rito de inhumación, se procedió a rellenar

[59] Batres, 1906; Millon y Drewitt, pp. 372, 375-376; Heyden, 1981.
[60] Cabrera *et al.*, 1991; Sugiyama, 1989, 1992, en prensa; López Austin *et al.*, 1991.
[61] *Vid.* López Luján, 1993; Chávez, 2002.

los receptáculos con toneladas de tierra y piedra, lo que tuvo trágicas consecuencias para la preservación de los materiales.

Con respecto a las diferencias, nos parece que la más importante tiene que ver con la identidad de los individuos enterrados. En contraste con los tres hombres maduros y ricamente ataviados del Entierro 5, los 23 enterrados en la base de la pirámide son jóvenes con joyas modestas o totalmente desprovistos de ellas. Esto pudiera indicarnos que pertenecían a niveles socioeconómicos bajos o medios, ya que se trata de cautivos de guerra a los cuales les retiraron sus pertenencias como señal de sumisión. Hacia esta última dirección apunta la particular colocación de brazos y piernas en los cinco esqueletos de los entierros 2 y 3, posición corporal idéntica a la registrada en los depósitos equivalentes de la Pirámide de la Serpiente Emplumada.[62] De manera indiscutible, es resultado de que los individuos estaban atados con cuerdas (vivos o muertos) y quizás amordazados en el momento en que quedaron sepultados por el relleno constructivo. En otros términos, no nos encontramos ante depósitos de carácter funerario, sino ante los vestigios de sacrificios, uno individual y otro colectivo, de extranjeros jóvenes que sirvieron como ofrenda a los edificios 4 y 5, respectivamente.[63]

Más nítido es el significado religioso del Entierro 4. Hemos apuntado que los 18 individuos allí sepultados fueron decapitados *post mortem* cuando sus cadáveres aún conservaban los tejidos blandos, pues las primeras vértebras cervicales y los hioides guardaban relación anatómica. Como es bien sabido, la costumbre religiosa de separar la cabeza del cuerpo data de las épocas más remotas de Mesoamérica[64] y sigue vigente en Durango y Sinaloa hasta bien entrado el siglo XVII.[65] *Grosso modo*, puede decirse que los pueblos del México antiguo asociaban la cabeza humana con el *tonalli*, el maíz y el Sol, y que practicaban la decapitación ritual en ceremonias como el juego de pelota, el ritual de siembra y cosecha, el sacrificio de prisioneros de guerra para renovar el *tzompantli* y la consagración de los templos.[66] Con relación a este último tipo de ceremonias, abundan los hallazgos arqueológicos de cráneos con sus primeras vértebras en las esquinas de numerosas estructuras culturales que van del Preclásico Medio al Posclásico Tardío y desde Uaxactún, en el área maya, hasta Tzintzuntzan, en el corazón del señorío tarasco.[67] Estos datos de excavación se corroboran ampliamente en las lápidas del Edificio J de Monte Albán y en las pictografías mayas, mixtecas, tlaxcaltecas y mexicas, en las cuales no es difícil encontrar imágenes de cabezas de cautivos sobre, dentro o bajo templos.[68]

En su *Monarquía indiana*, Torquemada nos comenta que los pueblos prehispánicos hacían muchos "gastos de sacrificios y ofrendas" para consagrar sus templos. Estas ceremonias eran conocidas como *teichaliliztli*.[69] En los albores del siglo XVI, los nahuas y los mayas creían que la obra recién terminada recibía "alma" con el sacrificio y enterramiento de un ser humano bajo sus cimientos. En este sentido, suponían que la inhumación de cabezas proporcionaba tanto la energía necesaria para expulsar las fuerzas negativas del predio que ocuparía la nueva edificación, como la fuerza indispensable para su salvaguardia y buen funcionamiento.[70]

[62] En los años ochenta allí fueron exhumados más de 137 individuos sacrificados y dedicados al monumento en contextos aproximadamente contemporáneos a la erección de Edificio 4. Según el análisis isotópico de los esqueletos de la Pirámide de la Serpiente Emplumada, buena parte serían guerreros extranjeros traídos desde muy diversas regiones (White *et al.*, 2002).

[63] *Vid.* Becker, 1988; López Luján, 2001.

[64] Uno de los hallazgos más tempranos de que tenemos noticia es el cráneo de Tlatecomila, Tetelpan, D.F., que está fechado entre 600 y 400 a.C., Nájera, 1987, p. 172.

[65] Moser, 1973, p. 7.

[66] *Ibid.*, pp. 28-48; Nájera, 1987, pp. 170-181.

[67] *E.g.* Ruz, 1968, pp. 160, 198-199.

[68] *Vid. Códice Dresde*, 1988, f. 34a; *Códice Borgia*, 1993, ff. 4 y 6; *Códice Cospi*, 1988, f. 4; *Códice Vaticanus B*, 1993, f. 4; *Historia tolteca-chichimeca*, 1976, f. 41r.

[69] Torquemada, 1969, v. II, pp. 167-168.

[70] González Torres, 1985, p. 240; Nájera, 1987, pp. 36 y 198-199.

En lo referente al pueblo mexica, la costumbre de consagrar los templos con sacrificios humanos se remonta a 2 Calli, año en que fue fundada Tenochtitlan. En aquel entonces, los recién llegados construyeron un "altar de césped" que fue consagrado con la muerte del señor colhua Ticomécatl Chichicuáhuitl, a quien "metieron dentro de su altar como sirviéndole de corazón".[71] Tal y como lo consignan varios cronistas, los tenochcas acostumbraban inmolar prisioneros de guerra y ofrendar sus cabezas con motivo de la inauguración de las ampliaciones del Templo Mayor o de la renovación de la piedra sacrificial llamada *temalácatl*. Estas ceremonias sólo se celebraban en la veintena de *Tlacaxipehualiztli*.[72] Esta información de carácter histórico fue ampliamente corroborada durante las exploraciones arqueológicas del Proyecto Templo Mayor, en las cuales se han recuperado hasta ahora 58 cabezas de individuos decapitados.[73]

En resumen, los depósitos explorados en la base de la Pirámide de la Luna formarían parte de la arraigada y difundida costumbre mesoamericana de consagrar las edificaciones religiosas por medio del sacrificio y el enterramiento de víctimas humanas. Los diversos estudios de los restos esqueléticos demuestran que las víctimas por excelencia eran los jóvenes forasteros de sexo masculino, muy probablemente aquéllos capturados en contienda. De ser correcto, lo anterior demostraría la enorme importancia de la guerra y el sacrificio en la sociedad teotihuacana, sobre todo en el seno del discurso ideológico y simbólico que sustentaba el poder del Estado.

En este tenor, podemos señalar, sin entrar mucho en detalles, que el contenido y la distribución espacial de los dones de los entierros 2, 3 y 4 nos remiten a dos campos simbólicos distintos, pero no contradictorios.[74] Por un lado, animales como los caracoles y las conchas, materias primas como la jadeíta y la obsidiana, y artefactos como las ollas Tláloc, el símbolo del rayo y la posible representación de una deidad del maíz están vinculados con el interior del Cerro Sagrado, la mitad inferior del cosmos y el mundo de la fertilidad. Por el otro, los restos de individuos atados e inmolados, los esqueletos de mamíferos carnívoros, aves rapaces y serpientes de cascabel, los collares de concha en forma de maxilas, los instrumentos punzocortantes como cuchillos, navajillas y puntas de obsidiana, así como las posibles imágenes de cautivos talladas en jadeíta y obsidiana aluden directamente a la guerra y el sacrificio.[75] A nuestro juicio, los depósitos rituales de la base de la pirámide habrían tenido la finalidad de dotar al edificio de las cualidades simbólicas propias del Cerro Sagrado que emula artificialmente, proporcionarle el alma necesaria para su buen funcionamiento y, al mismo tiempo, legitimar una política hostil de carácter expansionista.

Pasemos ahora a discutir las evidencias disponibles sobre la identidad de los individuos enterrados en la cúspide de la Pirámide de la Luna. Ante todo, debemos poner en relieve la calidad excepcional y el origen remoto de los ornamentos asociados a los tres esqueletos del Entierro 5. Anteriormente mencionamos que predominaban las joyas de jadeíta del Valle del Motagua, hecho excepcional en la ciudad de Teotihuacan, donde son rarísimas las importaciones de artefactos mayas y las copias locales de dichos artefactos descubiertas hasta la fecha.[76] Por ende, tales ornamentos parecerían

[71] *Códice Aubin*, 1979, p. 95.

[72] Alvarado Tezozómoc, 1944, pp. 119 y 333; Alva Ixtlilxóchitl, 1975, v. II, p. 157.

[73] López Luján, 1993; Olmo, 1999. Cabe mencionar que algunas cabezas han sido encontradas en el interior de cajas de mampostería, pero otras cabezas —junto con ricos artefactos— fueron depositadas por los aztecas directamente en el relleno constructivo (por ejemplo, ofrendas 82 y 95), tal y como sucede en el Entierro 4 de la Pirámide de la Luna. Sin embargo, hay que tomar en cuenta que no todas las cabezas humanas halladas en las ofrendas de consagración del Templo Mayor pertenecen a cautivos de guerra. Por ejemplo, en la Ofrenda 1 (junto al monolito de Coyolxauhqui) y en la Ofrenda 98 se descubrieron cráneos de mujeres y niños.

[74] Sugiyama y López Luján, en preparación.

[75] Estos dos mismos campos simbólicos se observaron en las ofrendas principales del Templo Mayor de Tenochtitlan, un edificio consagrado a un dios de la guerra y a un dios de la lluvia y la fertilidad.

[76] Entre los materiales mayas y sus imitaciones teotihuacanas rescatados en Teotihuacan, podemos mencionar una placa tallada de jadeíta, varios vasos plano-relieve, incensarios, almenas y paletas de cerámica, así como algunas pinturas murales de Tetitla con imágenes de dioses, hombres, serpientes y fragmentos de textos fonéticos (*vid.* Gamio, 1922, I, lám. 132a; Linné,

dignos únicamente de personajes de un elevadísimo nivel sociopolítico. A esto debemos agregar que los pendientes en forma de barra de 5-A y 5-B son idénticos a los que lucían los gobernantes supremos en sitios mayas como Yaxchilán y Copán, además de que el pendiente y las orejeras de 5-A contienen glifos teotihuacanos asociados con el tiempo y el poder político, lo que calificaría a su portador como un dignatario del más alto rango, probablemente un rey.

Nuestros razonamientos sobre las joyas del Entierro 5 encuentran sólido sustento en la posición que guardaban los tres esqueletos. Como es bien sabido, la flor de loto es una postura que denotaba majestad y alto rango en prácticamente toda Mesoamérica. En la iconografía, la flor de loto es privativa de los dioses y las elites en el poder. En el caso específico de Teotihuacan, abundan los ejemplos escultóricos y pictóricos de este tipo. Entre las numerosísimas imágenes tridimensionales existentes, destacan las representaciones basálticas del dios viejo del fuego, los tres personajes de jadeíta recuperados en nuestros entierros 3 y 5, así como las comunes figurillas de cerámica de tipos y épocas diversas. Y, entre las imágenes de dos dimensiones, podemos citar las que combinan elementos mayas y teotihuacanos que fueron plasmadas en los murales del Templo de la Agricultura y de Tetitla, y en un vaso plano-relieve que se encuentra en el Museo de la Cultura Teotihuacana.[77] Además, el Museo Británico atesora una fina placa maya de jadeíta, supuestamente descubierta en la Pirámide de la Serpiente Emplumada,[78] que muestra un dignatario sentado en esta posición (fig. 9).

De manera insólita y a diferencia de lo que sucede en la iconografía, la posición en flor de loto es sumamente rara en los entierros del Clásico mesoamericano. En el caso expreso de Teotihuacan, el Entierro 5 es el primer contexto en el cual es reportada.[79] Algo similar sucede en el área maya, donde los únicos ejemplos conocidos proceden de Uaxactún y Kaminaljuyú.

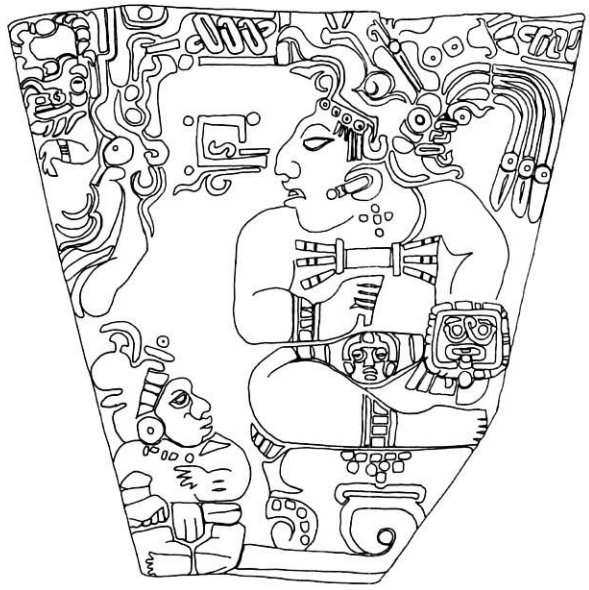

Figura 9. Placa maya de jadeíta descubierta en Teotihuacan. Actualmente forma parte de las colecciones del Museo Británico de Londres.

1934, figs. 127-130; 1942, p. 178, figs. 331-332, lám. 2; Digby, 1972, p. 30; Smith, 1987, p. 67; Rattray, 1987, 1989; Cabrera, 1998; Taube, 2003). Por el contrario, es bien sabido que la civilización teotihuacana dejó una profunda huella material en capitales del sureste mesoamericano como Kaminaljuyú, Tikal, Copán, Yaxhá y Becán (*vid.* Fash y Fash, 2000; Stuart, 2000). Acerca de este rotundo desequilibrio, George L. Cowgill ha señalado: "Algunos individuos en otras sociedades adoptaron símbolos teotihuacanos para sus propios fines, pero había poco flujo en la dirección opuesta; los teotihuacanos parecen haber estado satisfechos con su estilo local y sus símbolos. El gran valor dado a lo exótico en muchas sociedades no es evidente en Teotihuacan" (1997, p. 136; *cf.* Pasztory, 1990, pp. 184-185).

[77] Sobre este interesantísimo vaso, Taube (2003, pp. 281-284) señala lo siguiente: "Although the seated basal figures do display Maya-style costume and poses, they also retain articles of Teotihuacan dress, including back mirrors and shell goggles on their brows (figure 11.6a). Both these figures and the Offerings Scene mural reflect a cosmopolitan synthesis of foreign and local traits."

[78] Edwin Shook (comunicación personal, 1996) comentó a Sugiyama que la pieza fue hallada en la Pirámide de la Serpiente Emplumada. Por su estilo, dicha placa procedería de Nebaj y sería muy posterior a la construcción de este edificio teotihuacano. Bajo esta lógica, pudiera haber formado parte de un depósito posterior al abandono del monumento, el cual habría conmemorado la presencia de un dignatario maya en Teotihuacan o los contactos entre una dinastía maya y una teotihuacana.

[79] *Vid.* Manzanilla y Serrano, 1999. Otros contextos contemporáneos relacionados son los del sitio morelense de Las Pilas. Allí hay individuos enterrados con las piernas en posición de flor de loto, pero sus torsos no fueron colocados en posición vertical, sino horizontal, recargados sobre la espalda (Martínez Donjuán, 1977, pp. 44-62).

De manera interesante, los entierros de este último sitio proceden de los edificios A y B, es decir, de los contextos marcados por una fuerte influencia teotihuacana.[80]

Lamentablemente, la conclusión de que los tres individuos del Entierro 5 ocupaban en vida una posición social elevada, nos ayuda poco a dilucidar la naturaleza del depósito del cual formaban parte. Para este propósito sería mucho más esclarecedora la identificación de las causas de la muerte de estos enigmáticos personajes. Por desgracia, no contamos por el momento con evidencias arqueológicas sólidas acerca de este particular asunto, razón por la cual sólo avanzaremos algunas hipótesis.

En primera instancia, pudiéramos imaginar un escenario en el que tres señores forasteros fueron capturados y conducidos hasta Teotihuacan expresamente para consagrar el inicio de la penúltima ampliación de la Pirámide de la Luna. Dada su jerarquía, habrían recibido un tratamiento inusual: el ser enterrados en la cúspide del edificio, con su lujosa indumentaria y en una posición de majestad como lo es la flor de loto. Como nos lo ha hecho ver Grégory Pereira, las manos juntas en los tres esqueletos bien pudieron haber estado atadas en señal de sometimiento, si bien es cierto que no se hallaron los más mínimos restos de cuerdas en torno a las muñecas.[81] Desde esta perspectiva, el Entierro 5 sería propiamente una ofrenda a la pirámide.

También es posible plantear que los tres individuos fallecieron de manera simultánea en las proximidades de Teotihuacan o en la ciudad misma. Bajo esta lógica, los restos recuperados pertenecerían a *a*) emisarios, embajadores, militares o comerciantes de gobiernos extranjeros; *b*) gobernantes de provincias o enclaves de Teotihuacan, o *c*) mercenarios del ejército teotihuacano, los cuales habrían perdido la vida en alguna epidemia, accidente colectivo o enfrentamiento militar. Cualquiera que fuera el caso, esto significaría que Entierro 5 tendría un carácter netamente funerario.

Otra hipótesis similar que nos resulta mucho más convincente es que uno de los individuos en cuestión falleciera —quizá por causas naturales— y, como consecuencia, dos de sus servidores de alto rango hubieran recibido el honor del sacrificio para acompañarlo en el más allá.[82] Según hemos acotado a lo largo de este trabajo, 5-A podría haber gozado de una mayor jerarquía que 5-B y 5-C. Al menos, es el más viejo de los tres; el que porta los ornamentos más suntuosos y con símbolos del poder real; el que tiene frente a sí un animal acompañante distinto, y quien ocupa el centro del depósito, lugar de preeminencia en muchas tumbas colectivas mesoamericanas.

En el estado actual de nuestro conocimiento y estando varios análisis aún en proceso, no podemos afirmar nada más sin caer en el peligroso campo de la especulación. Queda, pues, sin resolver por qué fueron sepultados tres extranjeros, por más importantes que éstos fueran, en uno de los sitios más privilegiados de Teotihuacan. Lo único que damos por cierto es que el Entierro 5 no puede ser interpretado simplistamente como un contexto teotihuacano que encierra individuos, animales y artefactos procedentes del área maya. Muy por el contrario, se trata de un depósito complejo donde se conjugan armónicamente materiales autóctonos, alóctonos e, inclusive, aquellos que combinan materiales y formas mayas con símbolos teotihuacanos. También hay que recordar que los individuos 5-A y 5-B tienen un origen geográfico diferente al de 5-C. Esta extraña combinación nos señala que los individuos allí sepultados estaban vinculados con diversos mundos de una manera que no llegamos a comprender cabalmente. Nos habla, igualmente, de relaciones maya-teotihuacanas mucho más intensas, directas y complejas de lo que habíamos supuesto hasta ahora, al menos entre las elites de ambas sociedades durante el siglo IV d.C. Esto va en perfecta consonancia con viejas y

[80] Nos referimos a la tumba de la Pirámide C-I de Uaxactún y a las tumbas A-III, A-IV, A-V, A-VI, B-I, B-II, B-III, B-IV, B-V y B-VI de Kaminaljuyú (Kidder *et al.*, 1946, pp. 53-83, 88-89, 96).

[81] Pereira *et al.*, 2004. Sin embargo, es difícil sostener que las hipotéticas cuerdas desaparecieron con el paso del tiempo, pues en el mismo depósito fueron descubiertos abundantes restos de materiales orgánicos, en particular de fibras de gramíneas.

[82] *Cf.* Kidder *et al.*, 1946, pp. 89-90.

nuevas interpretaciones, basadas en datos arqueológicos, iconográficos y epigráficos, acerca de la indeleble presencia del Estado expansionista teotihuacano en el área maya durante aquel histórico siglo.[83]

Bibliografía

Alva Ixtlilxóchitl, Fernando de. 1975. *Obras históricas*, 2 v., UNAM, México.

Alvarado Tezozómoc, Fernando. 1944. *Crónica mexicana*, Editorial Leyenda, México.

Batres, Leopoldo. 1906. *Teotihuacan. Memoria que presenta Leopoldo Batres, Inspector y Conservador de los Monumentos Arqueológicos de la República Mexicana al XV Congreso Internacional de Americanistas que deberá reunirse en Quebec el mes de Septiembre de 1906, relativa á las Exploraciones que por orden del Gobierno Mexicano y a sus expensar está llevando á cabo la Inspección de Monumentos Arqueológicos en las Pirámides de Teotihuacan*, Imprenta de Fidencio S. Soria, México.

Becker, Marshall Joseph. 1988. "Caches as Burials; Burials as Caches: The Meaning of Ritual Deposits among the Classic Period Lowland Maya", en *Recent Studies in Pre-Columbian Archaeology*, N.J. Saunders y O. de Montmoullin (eds.), BAR, Oxford, pp. 117-142.

Bove, Frederick J. y Sonia Medrano Busto. 2003. "Teotihuacan, Militarism, and Pacific Guatemala", en *The Maya and Teotihuacan. Reinterpreting Early Classic Interaction*, G.E. Braswell (ed.), University of Texas Press, Austin, pp. 45-79.

Braswell, Geoffrey E. 2003. "Introduction: Reinterpreting Early Classic Interaction", en *The Maya and Teotihuacan. Reinterpreting Early Classic Interaction*, G.E. Braswell (ed.), University of Texas Press, Austin, pp. 1-43.

_____. 2003. "Understanding Early Classic Interaction between Kaminaljuyu and Central Mexico", en *The Maya and Teotihuacan. Reinterpreting Early Classic Interaction*, G.E. Braswell (ed.), University of Texas Press, Austin, pp. 105-142.

Cabrera Castro, Rubén. 1998. "Cerámicas teotihuacanas con motivos iconográficos", en *Teotihuacan Notes*, n. 1-5, http://archaeology.la.asu.edu/teo/notes/RC/notesI_5.htm.

_____. 2004. "Antecedentes arqueológicos en el Proyecto Pirámide de la Luna de Teotihuacan", en *Viaje al centro de la Pirámide de la Luna: recientes descubrimientos en Teotihuacan*, Conaculta-INAH/Arizona State University, México, pp. 11-15.

_____, Saburo Sugiyama y George L. Cowgill. 1991. "The Temple of Quetzalcoatl Project at Teotihuacan: A Preliminary Report", en *Ancient Mesoamerica*, v. 2, n. 1, pp. 77-92.

Caso, Alfonso. 1967. *Los calendarios prehispánicos*, UNAM, México.

Chávez Balderas, Ximena. 2002. *Los rituales funerarios del Templo Mayor de Tenochtitlan*, tesis de licenciatura en arqueología, ENAH, México.

Códice Aubin. 1979. Editorial Innovación, México.

[83] *E.g. ibid.*, pp. 241-260; Fash y Fash, 2000; Martin y Grube, 2000; Stuart, 2000; Bove y Medrano, 2003.

Códice Borgia. 1993. Sociedad Estatal Quinto Centenario/ADV/FCE, México.

Códice Cospi. 1988. INAH/Gobierno del Estado de Puebla, Puebla.

Códice Dresde. 1988. FCE, México.

Códice Vaticanus B. 1993. Sociedad Estatal Quinto Centenario/ADV/FCE, México.

Cowgill, George L. 1997. "State and Society at Teotihuacan, Mexico", en *Annual Review of Anthropology*, v. 26, pp. 129-161.

Digby, Adrian. 1972. *Maya Jades*, The Trustees of the British Museum, London.

Fash, William L. y Barbara Fash. 2000. "Teotihuacan and the Maya: A Classic Heritage", en *Mesoamerica's Classic Heritage: From Teotihuacan to the Aztecs*, D. Carrasco, L. Jones y S. Sessions (eds.), Colorado University Press, Niwot, pp. 465-513.

Graham, Ian. 1980. *Corpus of Maya Hieroglyphic Inscriptions, Volume 2, Part 3*, Peabody Museum of Archaeology and Ethnology, Harvard University, Cambridge.

González Torres, Yólotl. 1985. *El sacrificio humano entre los mexicas*, FCE/INAH, México.

Heyden, Doris. 1979. "El 'Signo del Año' en Teotihuacan, su supervivencia y el sentido sociopolítico del símbolo", en *Mesoamérica. Homenaje al doctor Paul Kirchhoff*, B. Dalhgren (ed.), INAH, México, pp. 61-86.

_____. "Caves, Gods, and Myths: World-Views and Planning in Teotihuacan", en *Mesoamerican Sites and World-Views*, E. Benson (ed.), Dumbarton Oaks, Washington, D.C., pp. 1-40.

Historia tolteca-chichimeca. 1976. INAH, México.

Inomata, Takeshi, Seiichi Nakamura y Hisao Baba (coords.). 2003. *Maya: Kingdom of Mysteries*, Tokyo Broadcasting System, Tokyo.

Kidder, Alfred V., Jesse D. Jennings y Edwin M. Shook. 1946. *Excavations at Kaminaljuyu, Guatemala*, Carnegie Institution of Washington, Washington, D.C. (Publication, n. 561).

Langley, James C. 1986. *Simbolic Notation of Teotihuacan. Elements of Writing in a Mesoamerican Culture of the Classic Period*, BAR, Oxford.

Linné, Sigvald. 1934. *Archaeological Researches at Teotihuacan, Mexico*, The Ethnographical Museum of Sweden, Stockholm.

_____. 1942. *Mexican Highland Cultures*, The Ethnographical Museum of Sweden, Stockholm.

López Austin, Alfredo y Leonardo López Luján. 2004. "El Templo Mayor de Tenochtitlan, el Tonacatépetl y el mito del robo del maíz", en *Acercarse y mirar. Homenaje a Beatriz de la Fuente*, María Teresa Uriarte y L. Staines (eds.), Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM, México, pp. 403-456.

_____, Leonardo López Luján y Saburo Sugiyama. 1991. "The Temple of Quetzalcoatl at Teotihuacan. It's Possible Ideological Significance", en *Ancient Mesoamerica*, v. 2, n. 1, pp. 93-105.

López Luján, Leonardo. 1993. *Las ofrendas del Templo Mayor de Tenochtitlan*, INAH, México.

———. 1997. "Llover a cántaros: el culto a los dioses de la lluvia y el principio de disyunción en la tradición religiosa mesoamericana", en *Pensar América. Cosmovisión mesoamericana y andina*, Antonio Garrido Aranda (comp.), Obra Social y Cultural Cajasur/Ayuntamiento de Montilla, Córdoba, pp. 89-109.

———. 2001. "Offerings", en *The Oxford Encyclopedia of Mesoamerican Cultures*, D. Carrasco (ed.), Oxford University Press, New York, v. 2, pp. 403-404.

———, Laura Filloy Nadal, Barbara Fash, William L. Fash y Pilar Hernández. 2004. "La destrucción del cuerpo. El cautivo de mármol de Teotihuacan", en *Arqueología Mexicana*, v. XI, n. 65, pp. 54-59.

Manzanilla, Linda y Carlos Serrano (eds.). 1999. *Prácticas funerarias en la Ciudad de los Dioses. Los enterramientos humanos de la antigua Teotihuacan*, UNAM, México.

Martin, Simon y Nikolai Grube. 2000. *Chronicle of Maya Kings and Queens: Deciphering the Dynasties of the Ancient Maya*, Thames and Hudson, London.

Martínez Donjuán, Guadalupe. 1977. *Las Pilas, Morelos*, tesis de licenciatura en arqueología, ENAH, México.

McClung de Tapia, Emily. 2004. "Restos paleobotánicos de la Pirámide de la Luna", en *Viaje al centro de la Pirámide de la Luna: recientes descubrimientos en Teotihuacan*, Conaculta-INAH/Arizona State University, México, pp. 36-40.

Millon, Clara. 1988. "A Reexamination of the Teotihuacan Tassel Headdress Insignia", en *Feathered Serpents and Flowering Trees. Reconstructing the Murals of Teotihuacan*, K. Berrin (ed.), The Fine Arts Museum of San Francisco, San Francisco, pp. 114-134.

Millon, René y Bruce Drewitt. 1961. "Earlier Structures within the Pyramid of the Sun at Teotihuacan", en *American Antiquity*, v. 26, n. 3, pp. 371-380.

Moser, Christopher. 1973. *Human Decapitation in Ancient Mesoamerica*, Dumbarton Oaks, Washington, D.C.

Nájera, Martha Ilia. 1987. *El don de la sangre en el equilibrio cósmico. El sacrificio y el autosacrificio sangriento entre los antiguos mayas*, UNAM, México.

Neff, Hector. 2004. "Compositional Characterization by LA-ICP-MS of Greenstone Artifacts from the Pyramid of the Moon, Teotihuacan and the Mass of Pakal, Lord of Palenque", reporte técnico inédito, Department of Anthropology, California State University, Long Beach.

Olmo, Laura del. 1999. *Análisis de la Ofrenda 98 del Templo Mayor de Tenochtitlan*, INAH, México.

Pasztory, Esther. 1990. "El poder militar como realidad y retórica en Teotihuacan", en *La época clásica: nuevos hallazgos, nuevas ideas*, A. Cardós de Méndez (coord.), INAH, México, pp. 181-204.

Pereira, Grégory, Michael W. Spence y Christine D. White. 2004. "Strangers in the Moon? Los restos humanos asociados con los entierros de la etapa 6 de la Pirámide de la Luna, Teotihuacan", ponencia presentada en el 69th Annual Meeting de la Society for American Archaeology, Montreal.

_____ y Michael W. Spence. 2004. "Restos óseos encontrados en la Pirámide de la Luna", en *Viaje al centro de la Pirámide de la Luna: recientes descubrimientos en Teotihuacan*, Conaculta-INAH/Arizona State University, México, pp. 35-36.

Polaco, Óscar J. 2004. "La fauna ritual de la Pirámide de la Luna", en *Viaje al centro de la Pirámide de la Luna: recientes descubrimientos en Teotihuacan*, Conaculta-INAH/Arizona State University, México, pp. 40-42.

Proskouriakoff, Tatiana. 1974. *Jades from the Cenote of Sacrifice, Chichen Itza, Yucatan*, Peabody Museum of Archaeology and Ethnology, Harvard University, Cambridge.

Rattray, Evelyn. 1987. "Los barrios foráneos de Teotihuacan", en *Teotihuacan: nuevos datos, nuevas síntesis, nuevos problemas*, E. McClung de Tapia y E.C. Rattray (eds.), UNAM, México, pp. 243-273.

_____. 1989. "El barrio de los comerciantes y el conjunto Tlamimilolpa: un estudio comparativo", en *Arqueología*, n. 5, pp. 105-129.

Ruz Lhuillier, Alberto. 1968. *Costumbres funerarias de los antiguos mayas*, UNAM, México.

Smith, Robert E. 1987. *A Ceramic Sequence from the Pyramid of the Sun, Teotihuacan, Mexico*, Peabody Museum of Archaeology and Ethnology, Harvard University, Cambridge (Papers 75).

Sugiyama, Saburo. 1989. "Burials Dedicated to the Old Temple of Quetzalcoatl at Teotihuacan, Mexico", en *American Antiquity*, v. 54, n. 1, pp. 85-106.

_____. 1992. "Rulership, Warfare, and Human Sacrifice at the Ciudadela, Teotihuacan: An Iconographic Study of Feathered Serpent Representations", en *Art, Ideology, and the City of Teotihuacan*, J.C. Berlo (ed.), Dumbarton Oaks, Washington, D.C., pp. 205-230.

_____. 2004a. "La Pirámide de la Luna en la planeación urbana", en *Viaje al centro de la Pirámide de la Luna: recientes descubrimientos en Teotihuacan*, Conaculta-INAH/Arizona State University, México, pp. 16-20.

_____. 2004b. "Catálogo", en *Viaje al centro de la Pirámide de la Luna: recientes descubrimientos en Teotihuacan*, Conaculta-INAH/Arizona State University, México, pp. 43-56.

_____. En prensa. *Human Sacrifice, Warfare, and Rulership: Materialization of State Ideology at the Feathered Serpent Pyramid, Teotihuacan*, Cambridge University Press, Cambridge.

_____ y Rubén Cabrera Castro. 1999a. "Noticias: se descubren dos ofrendas de notable importancia en la Pirámide de la Luna en Teotihuacan", en *Arqueología Mexicana*, v. VII, n. 40, pp. 71-73.

_____ y Rubén Cabrera Castro. 1999b. "Proyecto Arqueológico de la Pirámide de la Luna", en *Arqueología*, segunda época, n. 21, pp. 19-34.

_____ y Rubén Cabrera Castro. 2000. "Proyecto Pirámide de la Luna: algunos resultados de la segunda temporada 1999", en *Arqueología*, segunda época, n. 23, pp. 161-172.

_____ y Rubén Cabrera Castro. 2003. "Hallazgos recientes en la Pirámide de la Luna", en *Arqueología Mexicana*, v. XI, n. 64, pp.42-49.

———, Rubén Cabrera Castro y Leonardo López Luján. 2004. "Los entierros en la Pirámide de la Luna", en *Viaje al centro de la Pirámide de la Luna: recientes descubrimientos en Teotihuacan*, Conaculta-INAH/Arizona State University, México, pp. 20-30.

———, Leonardo López Luján y Hector Neff. 2004. "Symbolism and Sociopolitical Implications of Burial 5 at the Moon Pyramid", ponencia presentada en el 69th Annual Meeting de la Society for American Archaeology, Montreal.

——— y Leonardo López Luján. En preparación. "Análisis general de los entierros 2, 3, 4 y 5 de la Pirámide de la Luna".

Stuart, David. 2000. "'The Arrival of Strangers: Teotihuacan and Tollan in Classic Maya History", en *Mesoamerica's Classic Heritage: From Teotihuacan to the Aztecs*, D. Carrasco, L. Jones y S. Sessions (eds.), Colorado University Press, Niwot, pp. 465-513.

Taube, Karl. 1992. "The Iconography of Mirrors at Teotihuacan", en *Art, Ideology, and the City of Teotihuacan*, J.C. Berlo (ed.), Dumbarton Oaks, Washington, D.C., pp. 169-204.

———. 2003. "Tetitla and the Maya Presence at Teotihuacan", en *The Maya and Teotihuacan. Reinterpreting Early Classic Interaction*, G.E. Braswell (ed.), University of Texas Press, Austin, pp. 273-314.

Torquemada, fray Juan de. 1969. *Monarquía indiana*, 3 v., Porrúa, México.

White, Christine D., Michael W. Spence, Hilary Stuart-Williams y H. Schwarcz. 1998. "Oxygen Isotopes and the Identification of Geographical Origins: The Valley of Oaxaca *versus* the Valley of Mexico", en *Journal of Archaeological Science*, v. 25, pp. 643-655.

———, Michael W. Spence, Fred J. Longstaffe y Kimberley R. Law. 2000. "Testing the Nature of Teotihuacan Imperialism at Kaminaljuyu Using Phosphate Oxygen-Isotope Ratios", en *Journal of Anthropological Research*, v. 56, pp. 535-558.

———, Michael W. Spence, Fred J. Longstaffe, Hilary Stuart-Williams y Kimberley R. Law. 2002. "Geographic Identities of the Sacrificial Victims from the Feathered Serpent Pyramid, Teotihuacan: Implications for the Nature of State Power", en *Latin American Antiquity*, v. 13, n. 2, pp. 217-236.

Winning, Hasso von. 1987. *La iconografía de Teotihuacan. Los dioses y los signos*, 2 v., UNAM, México.

Leonardo López Luján, Davíd Carrasco
y Lourdes Cué (coordinadores)

Arqueología e historia del Centro de México

Homenaje a Eduardo Matos Moctezuma

INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA